

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

EN EL NUEVO CONTEXTO INTERNACIONAL

EL CASO DE GRECIA

En un plazo inferior a tres meses, dos naciones pertenecientes a la Alianza Atlántica han puesto fin a las respectivas dictaduras militares que los regían. Portugal, primero; Grecia, después, liquidaron sus regímenes de fuerzas en golpes de Estado que tuvieron de común el que se originaron y ejecutaron con el instrumento de sus propias Fuerzas Armadas. En Portugal la dictadura tenía cuarenta y ocho años de duración. En Grecia, solamente siete.

En ambos países, existía una frustración y malestar castrense de distinta entidad. El régimen de Lisboa se hallaba embarrado en la última guerra colonial europea en África, de inequívoco resultado final, con desastrosas repercusiones en la metrópoli y reducidas minorías oligárquicas beneficiarias de la misma. En Grecia la aventura fue más breve, pero aún más disparatada si cabe. La isla de Chipre, con su inestable equilibrio, vivía una precaria constitucionalidad apoyada en la garantía y el respeto de tres potencias, Grecia, Turquía y Gran Bretaña, en una especie de neutralidad no alineada compartida con la presencia de las bases aeronavales inglesas al servicio de la NATO. El subsuelo marítimo, con sus apetitosas novedades, cercó a la isla con el señuelo petrolífero para complicar aún más la cuestión. El régimen de Atenas entendió que la ocasión era propicia para intervenir unilateralmente, deponer a Makarios, acercar todo lo posible la soberanía de Chipre a Grecia, quedarse con el petróleo y ofrecer un Gobierno chipriota más «atlántico» que el antiguo del barbudo arzobispo.

Todo estuvo mal calculado: la reacción y fuga inesperada del depuesto presidente, protegido en su escapada por Gran Bretaña. La insensata designación de un aventurero de escasa reputación para nuevo jefe de Estado. Y, finalmente, la errónea suposición de que el Gobierno turco no se movería, cuando su condición de garante de la independencia de Chipre le daba un respaldo legal para intervenir militarmente, como así lo hizo. Tanta equivocación tenía que repercutir hondamente en la dictadura de los coroneles frente a su opinión pública y aconsejar al resto del Ejército una acción encaminada a terminar su mandato autoritario. Así se ha llegado al llamamiento hecho a Caramanlis para que se constituya un Gobierno de políticos civiles de signo moderado que lleve al país a una situación democrática en plazos breves y ponga fin a la dictadura de los siete años, con su habitual cortejo de persecuciones, torturas, arbitrariedades y campos de concentración, mientras se proclamaba una cruzada de pacata moralidad, se prohibían y quemaban libros y se pactaban desde el poder fabulosos negocios con la oligarquía del dinero que rivalizaba en escarceos adulterios y en obtener ventajas monopolísticas al abrigo de una situación cerrada en la que el contraste crítico se convertía automáticamente en delito.

Pieza esencial y protagonista activo en el entero proceso ha sido la política de los Estados Unidos. Grecia es país limítrofe con el Este, quiero decir con los ejércitos del Pacto de Varsovia a través de la común frontera con Bulgaria. Además ofrece a la VI Flota apoyos logísticos, seguros y considerables, en el mar Egeo. La implacable necesidad de sus dispositivos estratégicos le llevó a mirar con simpatía el movimiento de los coroneles para cerrar el paso a un posible, y aun probable, triunfo electoral de la izquierda griega, en 1967. Hay quien supone que esa simpatía no se limitó a una actitud platónica, sino que se convirtió en apoyo activo a raíz del golpe de Estado. Lo cierto es que la Administración Nixon en su primera etapa se inclinó abiertamente por el régimen de fuerza, desoyendo el clamor

de protestas que en los sectores democráticos europeos y en el propio estamento liberal de los Estados Unidos se lamentaba no sólo el golpe, sino los procedimientos brutales de los vencedores para con los adversarios políticos que no habían sido capaces de ofrecer resistencia sólida al intento.

Elemento clave de esa política nixoniana fue el vicepresidente Spiro Agnew, griego de origen, que realizaba curiosos periplos mundiales como enviado del presidente, saltando con su avión vicepresidente de dictadura en dictadura, a lo largo del mundo y prodigando con su inolvidable oratoria soez y simplista palabras de aliento a los sistemas de fuerza que encontraba en su camino, con el único condicionante de que fueran leales e incondicionales servidores de la política de la Casa Blanca. Al caer Agnew, símbolo de la honestidad extremoderechista, resumida en la frase «ley y orden» protagonizada por él, en un turbio asunto de cohecho, soborno y peculado, que le obligó a abandonar su puesto, los coroneles griegos perdieron a su padrino, dicho sea sin alusión cinematográfica de ninguna especie.

Pero la dictadura griega, alejado Constantino del trono, convertida ya en república a través del consabido plebiscito masivo y modificada en los últimos años por un turno nuevo de personajes militares que no se decidían a salir del círculo vicioso de poder en que se hallaba encerrados, planteaba problemas de tipo general a los países de la Comunidad Europea y de la NATO. Se olvida con harta frecuencia que en la Europa occidental operan con porcentajes casi equivalentes, en el orden electoral, la derecha y la izquierda, o si se quiere el conservatismo democrático y los socialismos de ambos signos.

Francia, Italia, Gran Bretaña, varios países escandinavos y del Benelux, Austria, son otros tantos ejemplos de esa dicotomía que representa en realidad un equilibrio político de dinamismo democrático y social considerable. Grecia era el punto negro de la incomodidad ideológica en los Consejos de la CEE, en el Consejo de Europa, y en la Asamblea de la NATO. Estados Unidos tenía conciencia de ello y seguramente Kissinger, con su política realista y brutal, pensó más de una vez en desembarazarse de este anacronismo institucional que representaba la dictadura griega como un perenne y desagradable argumento contra los principios democráticos y liberales en que se inspira la NATO y el Consejo de Europa. Los coroneles se aferraban al cordón umbilical de la ayuda militar americana, que seguía fluyendo sin cesar a pesar de las salvaduras y de los ceños fruncidos de congresistas y senadores demócratas, que trataban de limitarla o condicionarla políticamente. Ahora, al fin, esa contradicción se resuelve o comienza a resolverse con el Gobierno de civiles que se apresta a llevar poco a poco al país por la senda de la normalidad constitucional.

Graves serán los problemas con los que el nuevo jefe de Gobierno se encuentre. De un lado, el vacío de siete años de dictadura, con los grupos políticos destruidos, las fuerzas de la clandestinidad presentes, la situación económica difícil y complicada, el problema de Chipre, necesitado de solución y Rusia, al fondo. En el drama griego hay un equívoco de lejano origen: las decisiones de Yalta. En aquel primer «condominio» del mundo poshitleriano, establecido entre Roosevelt, Stalin y Churchill, se atribuyeron, con porcentajes, como si de sociedades anónimas se tratara, las influencias respectivas de anglosajones y soviéticos en los países que iban a ser liberados de la presencia militar nacional-socialista. Grecia fue uno de los que

había de tener «mayoría de influencia británica y «minoría» de influencia soviética. El acuerdo no se respetó ni allí ni en otras partes y la guerra fría se puso en marcha. La izquierda helena pro soviética, procedente en buena parte de la resistencia anti-germana, hubo de acudir a las guerrillas y al «maquis» en una atroz guerra civil que duraría años mientras que Gran Bretaña era relevada en sus compromisos por Estados Unidos, que con la doctrina Truman se hacía presente con carácter predominante y permanente en el Mediterráneo oriental. La monarquía restaurada hubo de jugar y uncir su destino a la suerte de la guerra civil. De ahí que la izquierda quedara desde el comienzo de los años 50 en situación de marginada clandestinidad.

El nuevo contexto internacional originado en la distensión ruso-americana, debido a su vez al gigantesco equilibrio y condominio nuclear, ha favorecido sin duda la solución del caso griego, como favoreció tres meses antes la liquidación del caso portugués. Las dictaduras militares en los países mediterráneos de la NATO resultan obsoletas para los demás aliados y para la nueva política americana. El proceso general de esta última es visible, no sólo en ese aspecto, sino en muchos otros, que revelan un reajuste casi cotidiano de posiciones, especialmente en Asia y en África, allí donde todavía los límites respectivos del dominio se hallan en estado de fluidez. El viraje dado por Kissinger, después de la guerra del Kippur y la normalización intensiva de las relaciones de Washington con la República Árabe Unida han contribuido a modificar sustancialmente las reglas anteriores del juego. El dinamismo interior del contexto internacional es de tal aceleración que apenas puede preverse el ritmo de los acontecimientos. Estamos en fase activísima de mutación y ciego será el que no lo reconozca, como un hecho de trascendentes consecuencias para todos.

¿Logrará Caramanlis salir de un sistema autoritario militar —que en buena medida persiste— hacia un régimen democrático de libertades civiles y representatividad auténtica? He aquí el gran enigma. Una vez más se intenta la operación de que una dictadura evolucione desde dentro, con el apoyo y colaboración de las Fuerzas Armadas, para abrir el país sin violencia, ni traumas, hacia una convivencia democrática.

Se ha buscado a un hombre de la derecha civilizada para dirigir y responsabilizarse en la operación. No sólo Estados Unidos, sino la Francia de Giscard y la Gran Bretaña de Wilson han apoyado públicamente, con gestos inequívocos, la iniciativa, otorgándole un crédito de confianza. ¿Hasta dónde abrirá el régimen futuro Caramanlis, mirando a la izquierda? ¿Podrá superar los viejos recodos de la guerra civil de hace veinticinco años para integrar a los vencidos de entonces en el libre juego de las instituciones públicas? En Portugal no hubo guerra civil en 1926 y quizá por ello han podido entrar sin dificultad los dos socialismos en el Gobierno Spínola. Queda también el problema de la monarquía, centrado en el rey Constantino, expulsado del país por los coroneles cuando sospecharon que se levantaba contra ellos. ¿Podrá volver el monarca para convertirse en símbolo de la unidad de los griegos por encima de las fracciones? ¿Le aceptará la izquierda, si el «referéndum» popular le es favorable? He aquí otras tantas cuestiones que Caramanlis tratará de solucionar y que el tiempo contestará. En el laberinto griego es fácil perderse y tomar como camino de salida lo que no es sino callejón cerrado que conduce al punto de partida.

José María DE AREILZA

CON EL TENEDOR EN LA MANO

LAS HORAS DE COMER

SIEMPRE me he preguntado por qué existe tan poca «literatura» sobre el tema. Y nadie negará que el tema sea importante. Pienso en el «acto» de comer, pero —sobre todo— en el acto de comer «en común»...

De hecho, ingerir alimentos constituye una operación fisiológica como otra cualquiera, y a diferencia de las demás, no la practicamos a escondidas. Todo el eficaz tinglado de la «convivencia» descansa, si bien se mira, en una represiva actitud frente a las «espontaneidades» del cuerpo. Escujo el adjetivo sin vacilar: «represiva». Cuando las multitudes urbanas «educan» a sus crías —y «educación» y «urbanidad» no son sinónimos por azar—, lo primero que tienden a enseñarles es el dominio de los esfínteres: ya se me entiende. Los nenes han de aprender a controlar las urgencias externas de su organismo, y desde hacer aguas menores y mayores hasta el eructo o el moco, y de ahí continúa la vigilancia para estipularse en desodorantes, duchas, dentífricos y lo que se presente. De ello ha derivado, a la larga, una forma de pudor muy consistente, gracias a la cual las relaciones sociales consiguen un mínimo de soportabilidad general. La «represión» se dirige, en primer término, a todo lo que sea «excretar» —sólidos, líquidos, gases—, y deja de ocuparse de la comida.

Bueno: no deja de ocuparse de ella, sino más bien todo lo contrario. La «urbanidad» manda en la mesa. En parte, con razones de higiene, y, en parte, con razones de eso que llamamos «civilización», que es a lo que voy. El empleo del tenedor, pongo por caso, supuso históricamente una doble ventaja: la de evitar que el comensal se ensuciasse los dedos y que con sus dedos ensuciasse el condumio, al tomar su porción, y la de eliminar el penoso espectáculo de un modo de comer parecido al de los micos o al de los mismísimos puercos. Se inventó el tenedor, se inventó la servilleta, se divulgaron los vasos individuales para beber, y los platos donde consumir la propia ración, y lo restante. Sin lanzarse a los extremos finalis de tal o cual «etiqueta», «comer» implica, al margen de la condición del menú, un tipo de discreción obvio. Que, aunque Mr. Marcuse no se digna tenerlo en cuenta, ahí está: una «represión», sin duda. Para bien o para mal. Mucho me temo que los «marcuseards» (¿queda alguno?) y Marcuse, con el tenedor en la mano y la servilleta al lado, olvi-

den con premeditación y alevosía el rango «reprimido» y «represivo» de esa cotidiana necesidad de comer. No hablan de ella. Y hacen trampa. La «civilización», o es «represiva», o no es. El problema pendiente es el de dosificar —¿de qué manera?— las «represiones». Los pedagogos más «progres», devotos de san Freinet o de san Neill, o de san Illich, no hacen otra cosa...

Vuelvo a lo que iba, a que, excepcionalmente, el «acto» de comer es, probablemente, la única fatalidad «fisiológica» que, aparte de la respirar, realizamos «en común». Hubo un tiempo en que las personas más honorables no tenían ningún inconveniente en reunirse para defecar. Cuando uno visita las ruinas de alguna ciudad romana eminente, los ciclorones le muestran las letrinas colectivas. En Ostia pude ver un banco de piedra noble, con agujeros simétricamente dispuestos, donde los prohombres de la localidad evacuaban sus tripas a la vez que discutían de filosofía o de política. Con la toga remangada, los patricios de Ostia, y Séneca, y Petronio, y Horacio, y Virgilio, en otros lugares, se lo pasaban en grande. A nosotros, hoy, nos daría vergüenza una ta oportunidad de comunicación.

Por esta época del año, en mi verano litoral, suelo ir con frecuencia a los restaurantes próximos. O me invitan o me veo obligado a invitar. Suelen ser establecimientos con tarifas módicas, y necesariamente montados sobre el arroz y unos cuantos pescados eventuales. Cuando se acerca el agosto, los locales rebosan de bocas ansiosas. Y el aire huele a pella precipitada e industrial. Todos comemos mal. Inevitablemente. Pero la «comida» es un espectáculo: ver comer a los otros... Uno come, está comiendo, y mira a su alrededor, y ve cómo come el resto de la clientela. Son familias enteras, de abuelos a nietos, o matrimonios que anallan al futuro yerno, o parejas inconvenientes. Todos comen igual: jóvenes y no tan jóvenes, peludos y calvos, machos y hembras, derechistas e izquierdistas. Incluso los sometidos a régimen dietético, que echan una cana al aire. La voracidad de la ciudadanía es inmensa. Da la impresión de que sólo comen a gusto cuando van «de fonda», por decirlo con una expresión folklórica. ¿Qué podrán opinar, qué se decidirán a opinar de eso los economistas? ¿Se fiarán de unas estadísticas finales? ¿Y qué los sociólogos? Un sociólogo que no frecuente

bares, minas, restaurantes, fábricas, palacios, áreas agropecuarias, aulas, playas, televisores, corre el riesgo de chuparse el dedo y escribir una monografía sobre su succión... Cuando entro en un restorán veraniego, mesocrático —y a partir de un concepto discutible de «clase media»— y cosmopolita, se me ocurre que mi «observatorio» habría de ser el del presunto sociólogo...

Pero los sociólogos, como los poetas liricos, los novelistas conspícuos, los filósofos, e incluso algún que otro banquero, no acaban de enterarse de lo que es la «vida» de que son parásitos. ¿Qué será lo que realmente opina el especialista en física nuclear, en lbemmes, en los laboratorios anticancerosos? No digo ya las altas instancias: envíos a la luna, estrategias decisivas, productos de farmacia... Un mediodía mediterráneo, sin necesidad de turistas —¡ay!—, suscita energías perplejidades. Una simple expendedoría de alimentos cocinados, en plena función, proporciona espléndidas posibilidades de examen. No son las de los precios y los beneficios del hotelero. Las estadísticas frías de la «covachuela» oficial o extraoficial no alcanzan a explicarlo todo. Hemos de aceptar el índice de la estadística: menos da una piedra. ¿Pero hemos de fiarnos «sólo» de las estadísticas?... Las Instituciones dedicadas a fomentar los estudios sociológicos deberían dar becas para que sus protegidos vayan a comer a un restorán de la costa, y comprendan lo que es «comer»: lo que se come, lo que nunca se comió, lo que se desea comer...

Repito la indicación del principio: al punto de «urbanidad» —de autorrepresión— a que hemos llegado, resulta que la única actividad fisiológica que admite la consideración de «comunitaria» es la de comer. Las demás se hacen en privado: el aislamiento de la alcoba o del cuarto de baño. Para redondear los agobios del problema, convendría añadir que, en materia de «sentidos corporales», el del «gusto» queda relegado a una extraña inandancia. La «vista» tiene la pintura y el «oído» la música, por decirlo así. El «tacto» puede centrarse en la escultura —la escultura se mira y se toca: es un «bulto»— y, especialmente, en el arte del amor. ¿Qué es el amor, en última instancia, y salvando lo salvable, sino una gloriosa fricción de epidermis? No soy yo el primero en decirlo, precisamente... El «olfato» tampoco funciona: no ha sido todavía posible construir un «arte»

de los aromas. ¿El del «gusto»? Las pretensiones de la gastronomía egregia, y de Brillat-Savarin, carecen de viabilidad en el mundo del «consumismo» menor. «Comer bien», según los cánones, cuesta muchos céntimos, muchísimos: un ojo de la cara.

Uno se incorpora a uno de esos sitios que el señor Pla tan grácilmente denomina «de reaturación pública», y tropieza con un trozo de humanidad afanosamente manducante. Comen sin escrúpulo, que es como hay que comer. Se sirven de tenedores y de servilletas, a medias. Se aburren en la espera del servicio, se animan con la «cocina-utilitaria» que les ofrecen, y pisen del gesto taciturno a la locucidad. La comida y la bebida, a nivel subalterno, no ingresan en el cómputo de las estadísticas. ¿Quién «come» como Dios manda, y quién no? ¿Y qué es «comer», en absoluto? Los sociólogos del censo académico todavía no han hallado el procedimiento «científico» de valorar la comida dominical «de fonda». Los economistas pueden salir del paso haciendo números con precios, salarios, demografías y estructuras. El sociólogo ¿cómo podrá «medir» —cuantificar para cualificar— una sobremesa? La punta veraniega es insolentemente indicativa...

Comemos «en común»: Impudicamente. Comemos «coram populo», mientras nos ocultamos para fornicar, vomitar o morir. Y comer, cuando se come fuera de las rutinas circunspectamente fijadas por la economía de cada cual, se traduce en una tentativa de crápula... En este momento, y descartando los altibajos del «turismo», una enorme cantidad de estómagos se proyectan sobre los restaurantes de las áreas hoteleras. Los economistas se equivocarán si sólo atienden a las cifras. Los sociólogos... Todavía no sé que hayan creado una cátedra de «Sociología del Restorán», que vaya desde el más empingorotado al chiringuito menor. El dato, en esta perspectiva, sería la cara del individuo que mastica, el brillo de sus ojos, el incordio de sus nenes, el falso dengue de las señoras, el suegro resignado, el camarero reticente u obsequioso, la madre política épica... Puede que en Norteamérica o en la Alemania Occidental sea otro el planteamiento. En este país, y en un final de semana, hay que pensar en lo peor...

Joan FUSTER